

CAPÍTULO II

Fenicios, griegos, cartagineses

Primeras colonias fenicias. —Cádiz.—Templo de Hércules.—Derrámanse por la Península.—Depósitos y establecimientos de comercio.—Riquezas que extraían de España.—Colonias griegas.—Rosas.—Ampurias.—Denia.—Sagunto.—Atacan los españoles á los fenicios.—Piden estos socorro á Cartago.—Vienen los cartagineses, y se establecen en la costa.—Expulsan ellos mismos á los fenicios de Cádiz.—Guerras exteriores de los cartagineses.—Cerdeña.—Córcega.—Las Baleares.—Sicilia.—Españoles auxiliares de Cartago.—Pérdida de Sicilia.—Guerra de los mercenarios.—Resuelven la conquista de España.

Aparecen los fenicios las primeras gentes civilizadas que arribaron á España y fundaron en ella poblaciones.

Estos descendientes de Canaan, cuya tierra habian cubierto de ciudades ricas y populosas, las cuales habian elevado á un grado admirable de esplendor y de prosperidad por medio de la navegacion y del comercio, en que eran singularmente entendidos y aventajados, sostenian mucho tiempo hacia relaciones mercantiles en Egipto, en el Asia Menor, en las costas del Mediterráneo y de la Europa Oriental. Verosímil es que estos intrépidos navegantes en algunas de sus excursiones marítimas hubieran avistado las costas de España, y aun arribado á ellas, ó con deliberado intento como exploradores, ó arrojados por algun azar, y que el aspecto de tan bello clima y de tan fértil suelo inspirara á su genio mercantil el pensamiento de extender á él sus relaciones comerciales. Sea lo que quiera de las expediciones que pudieran hacer y la tradicion oriental les atribuye antes de la época que vamos á señalar, creemos que la fundacion de sus primeros establecimientos en el litoral de nuestra Península no puede remontarse mas allá de los quince siglos antes de la era cristiana (1).

Coincide este acontecimiento con la época en que arrojados los fenicios al interior de sus tierras por las armas de Josué, que las habia invadido para dar á la posteridad de Abraham la posesion de la tierra prometida por Dios, el acrecimiento excesivo de la poblacion que se habia replegado á las grandes ciudades, especialmente á Sidon y á Tiro, les hizo pensar en salir á establecer colonias donde antes se habian presentado solo como simples traficantes. En esta dispersion abordaron muchos de ellos á las costas africanas (2), y á las del Sur de la Península española que acaso conocian ya, y estableciéndose primero en la isla Eritya ó Eritrea, que se cree sea la de Santi-Petri, hoy en gran parte cubierta por las olas, trasladáronse luego y fundaron á Cádiz con el nombre de Gadir (3), comenzando por erigir un templo á Hércules, su divinidad favorita, cuyo culto llevaban consigo á todas partes, colocando en él dos columnas de bronce de ocho codos de altas (4).

(1) Pueden verse las sabias investigaciones de Heeren sobre la historia y carácter de las colonizaciones fenicias en su obra: *Ideen über die Politik, etc.*

(2) La inscripcion fenicia que Procopio, historiador de la guerra de los vándalos, encontró en Tánger, parece no dejar duda acerca del arribo de los fenicios á aquella parte de la costa de Africa en la época á que nos referimos. «*Aquí (decia) llegamos nosotros huyendo del ladrón Josué, hijo de Nave.*» Procop. lib. II, cap. X.

(3) Lugar ceñido ó cercado.

(4) Acaso se han confundido muchas veces en la historia estas columnas con las otras columnas de Hércules, nombre que se dió á los dos montes Calpe y Abila, que constituyen los dos puntos extremos de Africa y Europa, y que entonces se creian los postreros términos de la tierra habitable. Puede ser muy bien que estos dos cabos ó promontorios, por entre los cuales se comunican hoy los dos mares y forman el estrecho, estuviesen antes unidos por una lengua de tierra que contenia sus olas y les servia de dique, cuya separacion pusieron los poetas entre las grandes hazañas y trabajos de Hércules, y los naturalistas suponen haber sido causada por alguna sacudida ó revolucion física del globo. Dejemos á la poesia y á la geología disputarse cómo se hizo la conjuncion de los dos mares. Mucho menos nos engolfaremos en las interminables cuestiones acerca de los Hércules que vinieron ó pudieron venir á España, y de los hechos mas ó menos maravillosos que se atribuyeron á cada uno; si fué el nombre particular de una divinidad fenicia, ó fué un nombre simbólico de la fuerza y de la inteligencia con que se designaba á los héroes que se señalaban por estas virtudes y por sus altos hechos y prodigiosas hazañas; si hubo solo un Hércules bajo distintos nombres, ó hubo los tres que cuenta Diodoro, ó se elevó su cifra á los cuarenta y tres que distingue Varron. ó pasó mucho mas allá de este guarismo. Sa-

Una vez asentados en Cádiz, situacion grandemente favorable para el comercio, fueron extendiendo sus colonias por el litoral de la Bética, y por todo el país habitado por los turdetanos, fundando ciudades y estableciendo factorías en la costa y á las márgenes de los grandes rios, y en general en los puntos mas acomodados para el tráfico. Pertenecen á las primeras fundaciones Málaga, Sevilla, Córdoba, Martos, Adra, y otros varios pueblos de Andalucía, de los cuales unos subsisten aun, otros con el tiempo han desaparecido. Fuéronse luego derramando por el interior; que no podian ser indiferentes á los oidos de aquellos comerciantes las noticias que recibian de las riquezas que el país encerraba, y de que les llevaban preciosas muestras los naturales. Cebo era este á que no podia resistir la codicia de aquellos hombres, por otra parte de genio naturalmente emprendedor, y así determinaron entrarse tierra adentro, estableciendo de paso, segun su costumbre, almacenes y depósitos en correspondencia con los de las costas, donde acudian los bajeles de Tiro á hacer sus cargamentos. Grandes debieron ser las riquezas que extrajeron de España, puesto que en aquel tiempo fué cuando adquirió la ciudad de Tiro aquella prosperidad y engrandecimiento mercantil que la hizo tan famosa. Y suponiendo que Aristóteles hablara mas como poeta que como filósofo al decir que los fenicios construian de oro y plata todos los utensilios, anclas, herramientas y vasijas de sus naves, y que hasta lo cargaban como lastre, todavia rebajando la parte hiperbólica á que pudo dejarse arrastrar, ó en su entusiasmo, ó en su admiracion, el sedudo filósofo, infiérese que era prodigiosa la cantidad de oro y plata que aquellos asiáticos exportaban á cambio de sus mercancías: que tan desconocido ó tan desestimado era entonces de los naturales de España el valor de estos preciosos metales.

Ni se contentaron los fenicios con derramarse por la Península como enjambres industriales, ni con explorar el Océano discurriendo por la costa occidental de España, sino que se atrevieron á avanzar en sus excursiones hasta las regiones septentrionales de Europa, llegando hasta las islas Cassiteridas, segun todas las probabilidades las Sorlingas de Inglaterra, de donde traian abundancia de estaño.

Esencialmente comerciantes los fenicios, y por lo tanto mas amantes de la paz que de la guerra, supónese que se presentaron ante los indígenas menos como conquistadores que como traficantes, y que para captarse el asentamiento y buena voluntad de aquellas gentes, á fin de que no se opusieran á que asentasen en su suelo, debieron emplear menos fuerza que política y astucia, cuidando de mostrarse inofensivos y dispuestos á entablar con ellos ó amistades ó alianzas. No consta por lo menos que los indígenas opusieran resistencia abierta á la admision de estos primeros huéspedes, que sin duda acertaron á deslumbrarlos con los productos y artefactos, dijese y bagatelas muchos de ellos, que de su país les trajeron y les daban á cambio y trueque de otras mas positivas riquezas, no conociendo entonces aquellos hombres rústicos y groseros el valor respectivo de aquellos y de estas. Tal fué en posteriores tiempos la conducta de estos mismos españoles, ya civilizados, con los habitantes del Nuevo Mundo.

Fueron pues los fenicios los primeros civilizadores de España, cuyo nombre lograron imponer á todo el país, sembrando en ella las ideas del comercio, de la navegacion y de las artes, con cuyo trato y ejemplo comenzaron á modificar su rudeza nativa los antiguos iberos, y á adquirir una civilizacion, aunque muy imperfecta todavia (5).

bemos solo de cierto que el culto de Hércules fué trasmitido por los fenicios á los griegos y de estos pasó á los romanos, los cuales confundieron todos los Hércules bajo un mismo nombre y tipo; y que la España se halló de muy antiguo mezclada en todas las fábulas de la mitología fenicia, griega y romana, que acabaron de confundir y embrollar la ya escasa y harto oscura historia de aquellos apartados tiempos.

Aun lo relativo á las expediciones y primeros establecimientos de los fenicios en España anda envuelto en mil diferentes y á las veces contradictorias versiones, de las cuales hemos adoptado la que nos parece mas verosímil, y aun mas justificada.

(5) Estrabon, lib. III, Diod. Sic. lib. V y VII, Pomp. Mel. *De Situ Orbis*, Ruf. Avien. *Ora Marítima*, y muchos otros.

Los fenicios habian civilizado tambien la Grecia y establecido en ella colonias. Habian comunicado á los griegos sus artes y sus letras, y hécholos comerciantes y navegadores como ellos. Entre los griegos insulares distinguíanse los de Rodas por sus largas expediciones marítimas; mientras la Grecia europea colonizaba la Calabria y la Sicilia, los griegos asiáticos comenzaron á venir á España como competidores ya

de sus antiguos maestros los fenicios. Vinieron, pues, los rodios, como unos novecientos años antes de la era cristiana, y fundaron en la costa de Cataluña la ciudad de Rodas, hoy Rosas, entre Gerona y los Pirineos. Indica Estrabon haber poblado tambien los rodios las islas Gymnesias ó Baleares, y así parece inferirse del nombre de *Ophiusa*, dado á la isla de Ibiza, que es tambien el nombre antiguo de Rodas.

GADIR (CÁDIZ)—MONEDAS FENICIAS

Plata



Cobre



Poco tiempo despues los focenses, navegando por los mismos mares, arribaron á las costas del país de los edetanos (en el reino de Valencia). Y segun Herodoto, un bajel de Samos, en el octavo siglo antes de J. C., fué el primero que, empujado por el viento, pasó el estrecho y llegó á Tarteso, donde los samios, contentos por el buen despacho que lograron dar á sus mercancías, consagraron la décima parte de su producto á la diosa Juno. Háblase con esta ocasion del viejo Argantonio, que dicen reinaba en aquella sazón sobre los tartesios, y los colmó de riquezas, aunque no logró determinarlos á que se estableciesen en el país: primer vestigio histórico que encontramos sobre el gobierno de los indígenas en aquellas épocas remotas. La noticia de este resultado estimuló á otros griegos

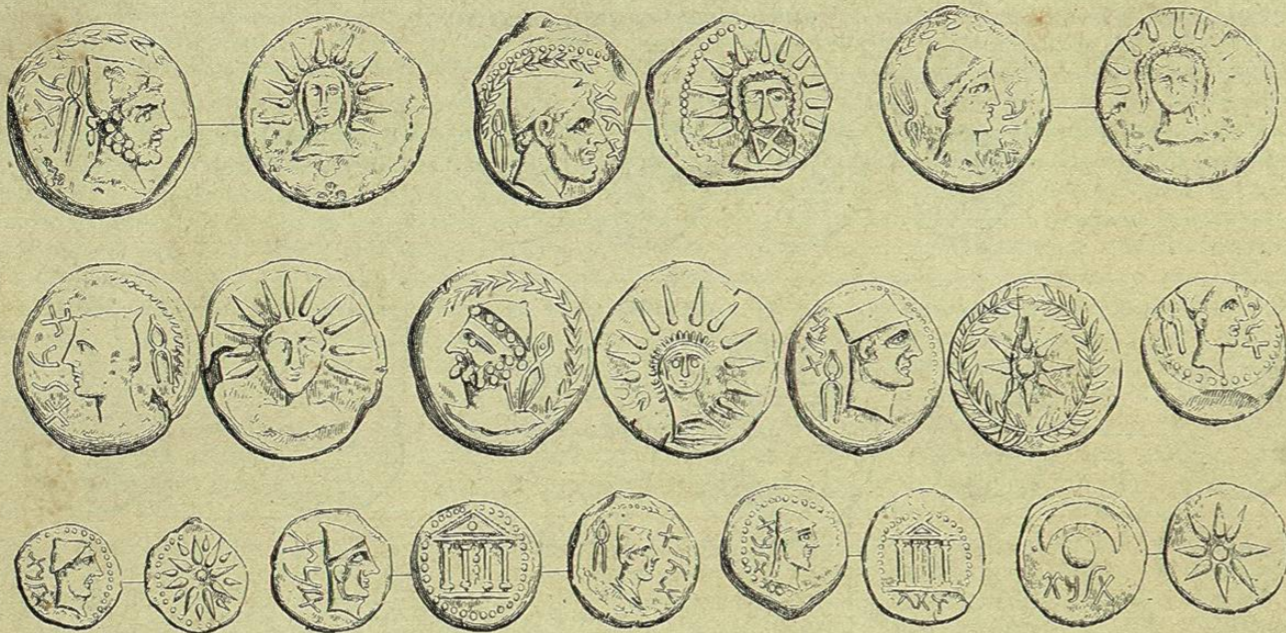
asiáticos á venir á tentar fortuna á nuestras costas, y contribuyó al gran movimiento de navegacion y al tráfico lucrativo que se entabló entre aquellos insulares y las costas ibero-hispanas.

Tenian los focenses su principal y mas rica colonia en Marsella, sobre la costa de la Galia Meridional. Su espíritu comercial los animó á establecer algunos depósitos hacia los Pirineos, y fundaron á Ampurias bajo el expresivo nombre de *Emporion* ó *mercado*. Ó menos políticos los griegos que los fenicios, ó menos sufridos y mas fieros los indigetes que habitaban aquel país que los turdetanos de la Bética, no dejaron á los focenses apoderarse impunemente de su territorio, y solo despues de porfiadas guerras vinieron los dos pueblos á concluir un sin-

gular tratado, por el que los naturales cedían a los extranjeros una parte de su ciudad, pero con la expresa condición de que una gruesa muralla había de tener separada la porción correspondiente a cada uno. Lo más admirable es que los dos pueblos observaran religiosamente tan extravagante pacto sin mez-

clarse ni oprimirse, gobernándose cada cual con absoluta y mutua independencia, al decir de Estrabon y Tito Livio. Y cuando los focenses se sintieron estrechos en tan reducido espacio, fieles al convenio, antes que atacar a los indigetos prefirieron hacer sentir su humor belicoso a los rodios, griegos

MALACA (MÁLAGA)—MONEDAS FENICIAS—COBRE



como ellos, apoderándose de Rodas, tres siglos antes fundada. Siguieron costearo la Cataluña, y extendieron sus excursiones a lo que hoy es reino de Valencia, donde con menos oposición de los naturales pudieron establecer algunas colonias y erigir el famoso templo de Diana, en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Denia.

No lejos de allí y en la misma costa fundaron los griegos

de Zante la ciudad de Sagunto, hoy Murviedro, que tan célebre había de ser en la historia (1).

Así los griegos en su sistema de colonización de la Península siguieron una marcha y orden inverso al de los fenicios. Aquellos procedieron de Oriente a Mediodía y Occidente, estos de Mediodía y Occidente a Oriente. Parecía haberse convenido en compartirse la explotación del Mediterráneo. Mas aunque

ABDERA (ADRA)—MONEDAS FENICIAS—COBRE



no sabemos que ocurriesen choques ó colisiones entre estos dos pueblos rivales, concéese que los fenicios tuvieron cuidado de preservar la posesión de la Bética del dominio de los nuevos colonizadores, reservándose la exclusivamente para sí.

Civilizadores también los griegos, difundieron entre los iberos el culto de sus dioses, y principalmente el de Diana, enseñaronles algunas artes, é introdujeron el alfabeto fenicio recibido de Cadmo y modificado y añadido por ellos, que se hizo la base del alfabeto celtíbero, como el fenicio lo había sido del turdetano. Prevalció en toda España el método de escribir de izquierda á derecha, al revés de los fenicios.

La colonia fenicia de Cádiz era la más antigua y la que había prosperado más. Su engrandecimiento y su opulencia llegaron á ser mirados con envidia y con celos por los naturales: acaso los gaditanos, desvanecidos con su poder, olvidaron la benévola acogida que á los indigenas habían debido, y dejaron de tratarlos con la política y la dulzura que en el principio habían necesitado usar; tal vez ó la codicia ó el orgullo

de su superioridad los arrastró á actos que ofendieran ó irritaran el ánimo levantado y firme de los españoles. Lo primero lo dice expresamente el historiador Justino (2), lo segundo lo indican otros autores, y está en el orden natural y común de las cosas humanas. Ello es que enojados y sentidos los turdetanos movieron guerra á los de Cádiz, con intento al parecer y resolución de arrojarlos de su suelo; é hicieronlo con tal ímpetu y bravura, que puestos en aprieto los fenicios y desesperanzados de poder resistir á los continuados ataques y batidas de la raza indígena, ocurrioles en tal congoja volver los ojos á Cartago, ciudad de la costa de África, y colonia también de Tiro como ellos, y demandar á los cartagineses su

(1) Evidentemente incurrió en grave error el P. Mariana al hacer la venida de los griegos á España anterior á la de los fenicios. Cap. desde el XII al XV del lib. I.

(2) Lib. XLIV, cap. V. *Invidentibus novae urbis finitimis Hispaniae populis.*

EMBARCACIONES PRIMITIVAS FENICIAS Y ROMANAS

Varios antiguos escritores, y entre ellos Herodoto, al hablar de los primitivos habitantes de España dicen se veía con frecuencia, cerca de las costas orientales y del Sur y en los anchos rios, á los indigenas embarcados en simples maderos ó canoas hechas de un grueso tronco ahuecado que dirigían por medio de *perchas* ó largos remos: pero al traspasar las columnas de Hércules y remontarse hácia el Norte por las costas del Oeste, se encontraban ya embarcaciones más perfectas hechas de mimbres tejidos ó maderas muy ligeras cubiertas de cuero que las hacían impermeables y además tan poco pesadas, que los marinos las retiraban fácilmente del agua para esconderlas en sus bosques en los casos de alarma ó temporales furiosos. Estas embarcaciones usábanse también en las costas de las Galias y Bretaña y se gobernaban con una informe vela de cuero y con remos en forma de pala.

Los fenicios, intrépidos navegantes y relativamente muy civilizados por su contacto con el Egipto y demás pueblos orientales, trajeron á España sus embarcaciones, notables por las elegantes formas y ligereza en su andar, pues además de numerosos y largos remos usaban las velas triangulares (llamadas latinas) por ser más manejables y fáciles de orientar á diversos vientos que las *cuadradas* ó *redondas*. De este modo corrían largas bordadas y llegaban en sus excursiones á los países más remotos difundiendo así su activo comercio.

Los romanos adoptaron casi todas las formas de las embarcaciones propias de cada país que existían, pero como España no tenía tipos propios, introdujeron pronto los suyos. Su marina nacional y de guerra consistía en grandes naves ricamente adornadas, sólidamente construidas y tripuladas por gran número de gentes de guerra y multitud de remeros que las hacían mover con todos vientos colocados en dos, tres ó más órdenes y filas. Sin embargo, esto era muy embarazoso y generalmente no se usaba más que un *orden* de remos. Las naves eran muy anchas y cortas, por lo que las llamaban *redondas* para distinguirlas de otras mucho más largas y esbeltas que despues se han llamado *galeras*.

Tenían las naves los extremos muy levantados sobre el agua, ostentando vistosos adornos y llevando uno ó varios espolones de bronce en figura de espadas, cabezas de animales ó rostros de monstruos, por lo que se llamó *rostros* á las proas, y con ellos hendían los costados de las naves enemigas en los combates.

Sobre la parte de popa se elevaba un pabellon, tienda ó cámara ricamente decorada y á veces cubierta con la púrpura imperial; junto á ella se levantaban los pendones ó enseñas del pueblo romano.

Los guerreros montaban sobre una plataforma de tablas que corría á lo largo de los costados de las naves cubriendo á los remeros, y colgando sus escudos ó pavese al exterior, formaban un parapeto desde el cual arrojaban dardos, flechas, venablos ó combatían con las lanzas en los casos de abordaje. Llevaban también las naves uno ó dos mástiles altos y derechos en los cuales con ayuda de *entenas* cortas *izaban* velas cuadrangulares que manejaban muy bien con *bolinas* y *escotas* y conservaban *aferradas* en lo alto del palo en los casos de combate ó calma del viento. Pintaban los romanos sus naves de colores muy fuertes y resistentes, como el minio, ocre, etc., y las hacían muy vistosas.

Sus embarcaciones de comercio y corsarios, eran más esbeltas y ligeras, de varias formas, con velas cuadradas ó latinas, siempre ayudadas de remos con su cámara á popa y la proa muy levantada. Ordinariamente pintaban unos grandes ojos abiertos en la proa para darles más vida y mejor aspecto, y esta costumbre, como las formas elegantes de las proas, aun se ven en algunos barcos de las costas del Oeste y Portugal, en donde los *barinos*, *muletas*, *fragatas* y *medias lunas*, etc., recuerdan mucho las formas de la antigüedad. Las dimensiones de las naves romanas variaban mucho: algunos autores hablan de barcos fabulosamente grandes, con nueve pisos, jardines, baños, etc., en su interior, pero creemos que más que naves eran estos palacios flotantes que no podrían navegar sino en los caudalosos rios ó radas muy tranquilas. Las dimensiones más generales eran las de nuestros faluchos, goletas, bergantines, etc.